

RESEÑAS

MARTÍNEZ C., José L. *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú/Centro de Investigación Diego Barros Arana de Chile. Lima: 2011. 419pp.

El tema de identidad ha sido de los más atrayente para los practicantes de la antropología y la antropología histórica en los años recientes; pero el autor del libro que se presenta hoy nos ofrece algo más que una discusión sobre el problema de quién es o era quién, en una región de los Andes.

El profesor Martínez nos ofrece una metodología para investigar los orígenes de la identidad de un grupo social, usando como ejemplo un grupo de personas que hoy en día se conocen como "lipes". ¿Quiénes eran esas personas? y ¿Cómo podremos evaluar las descripciones contradictorios de esas personas? Nosotros, los etnohistoriadores estamos acostumbrados a comparar las fuentes para decidir qué versiones son las más verídicas y confiables, pero en el caso de los *lipes*, había aspectos que dificultaban construir una versión persuasiva para responder a una pregunta, que al inicio parecía más simple y directa.

Ocurre que en las descripciones que tenemos acerca de los *lipes*, son completamente contradictorios y conflictivos. En algunas fuentes estos son descritos como gente rica, parte del grupo aymara. Mientras que en otras, no solo son pobres sino simplemente están ausentes. La descripción del siglo XVI difiere de aquellas que se hicieron más tarde. En el siglo XVI los lipes pagaban tributos, sin embargo el Virrey Toledo los exoneró como consecuencia de una solicitud presentada por los líderes del grupo alegando su pobreza. Esta exoneración continuó hasta las últimas décadas de la colonia.

El libro está dividido en tres partes, correspondiendo cada uno a un nivel de definición social. Primero, la elaboración de una identidad o una visión del nuevo

mundo por parte de los invasores dominantes; segundo, los fragmentos que se puede encontrar en los textos españoles que contienen información sobre el objeto de interés que vienen de las culturas dominantes, principalmente de los aymaras y los incas; y tercero, el nivel más local que se pretende construir. Como sabemos, nuestras fuentes no son inocentes ni transparentes; los datos que encontramos no solamente provienen de un idioma ajeno a las personas que son objeto de estudio, sino que son concebidos sobre la base de suposiciones o percepciones de los españoles que interponen una barrera entre nosotros y la cultura que buscamos entender. Esto nos obliga a penetrar esa barrera para tener acceso a la sociedad que queremos entender y en el caso de sociedades más locales, confrontamos no solamente la barrera de la cultura europea, sino otra detrás –lo de los supuestos de la sociedad andina dominante– que también funciona como un filtro más, que distorsiona nuestros datos. El autor propone que para el estudio de un grupo andino local, es posible utilizar determinados discursos sociales: en primer lugar uno europeo, luego un aymara y tercero, un cuzqueño. Todos estos niveles o filtros recubren u ocultan lo que podría ser las definiciones propias de los grupos locales.

El autor nos introduce en cada uno de estos niveles, ofreciéndonos un análisis de lo que ha llamado discursos sociales, que consiste en las prácticas elaboradas por los miembros de una cultura para explicarse a sí mismos el mundo en que se encuentran. Los discursos sociales europeos son quizás los más conocidos, tratando los esfuerzos de los españoles para incorporar lo que habían encontrado en América al corpus de su concepto del mundo, nombrando y clasificando las tierras, los animales –y los seres humanos– del nuevo mundo. Cuando los europeos encontraron el “nuevo mundo”, un aspecto esencial de su dominación fue la necesidad de identificar, nombrar y clasificar lo que encontraban con relación a su mundo ya conocido y definido.

El siglo XVI marcó el desarrollo de nuevos discursos, donde se elaboraba la clasificación de la tierra y de sus habitantes, con relación a los españoles (Ejemplo: tierra de guerra o de paz). La clasificación de las personas con el debate, en primer lugar sobre los habitantes: si estos eran seres humanos y luego su inclusión en la categoría de indios y luego la clasificación de estos en bárbaros, salvajes, de guerra o de paz, etc. Las clasificaciones siempre tenían que ver con las intenciones de los españoles y su percepción del grado del poder que tenían o que esperaban tener sobre las personas que describían, donde los discursos contribuían a generar un orden, fijar unos límites o marginar a uno u otro grupo todavía no controlado por los europeos.

El análisis estudia en detalle las diferentes fuentes y sus formas particulares de organizar y presentar la información que ofrece, siempre relacionada con los objetivos y las necesidades de los españoles, ya sea para fines personales (proban-

zas de méritos) o fines burocráticos (relaciones geográficas, visitas, informes). Examina la construcción de los discursos sobre los indios, una categoría originada por los españoles, y enfatiza; “las identidades indígenas no fueron aprehendidas a partir de sus propias prácticas y particularidades, sino a partir de los modelos europeos o españoles usados para reconocer (mejor dicho para imponer) las diferencias”. Las categorías y designaciones que llamamos étnicas fueron impuestas por los españoles para sus propios fines. Y las historias de los indios también fueron construidas por los españoles para sus propios objetivos, desde los testimonios recogidos por Sarmiento de Gamboa, hasta la imposición de una narrativa cronológica europea a los cuentos y supuestos mitos recogidos a miembros de varios grupos.

La segunda parte del libro se enfoca en los discursos que se puede identificar como proveniente de textos –sean escritos u orales– producidos por los andinos, aunque influenciado en el contexto europeo. Se nota la distorsión de los fragmentos andinos por el ataque a la tradición oral, y resalta las evidencias de otras formas de definir el tiempo en textos andinos, particularmente en el texto más importante que tenemos escrito en idioma andino: el Manuscrito de Huarochirí. Busca clasificaciones andinas (quechua y aymara) en los diccionarios del siglo XVII y resalta que “se puede decir que en los Andes no había uno, sino varios discursos sobre las identidades y sus manifestaciones... todos esos niveles y sistemas diferentes están presentes de manera simultánea en las prácticas sociales y discursivas de las sociedades andinas”. Así que, al lado de la clasificación de los grupos andinos por los españoles, cada habitante andino podría ser clasificado o categorizado en otro tipo de identidad, producto del discurso “civilizador” de los incas que se puede apreciar en los textos y en el discurso social español.

Finalmente, en la tercera parte del libro, el profesor Martínez nos ofrece una discusión de lo que ha podido rescatar acerca de la sociedad de los *lipes*. Del análisis de los nombres que aparecen en las visitas, sugiere que la definición de una etnia como un grupo que tiene un idioma común, no es aceptable en este caso. Además, la información sobre este grupo es sumamente contradictoria. En una investigación sobre el grupo *uru*, supuestamente una etnia incluida en la sociedad aymara más extendida, Natan Wachtel propuso que los *urusno* son una etnia aparte, sino un sector social cuya única diferencia de los aymaras entre quienes vivían era su pobreza. No una etnia, sino un estatus o clase social. Y el Profesor Martínez, en las últimas palabras de su fascinante libro, nos ofrece otra posible interpretación de un texto acerca de los *lipes* que ofrece más contradicciones aún, a todo lo que estamos acostumbrados a asumir acerca de los valores sociales y las clasificaciones étnicas. Resume el intento de un cacique de los *lipes* que pide que su pueblo sea exonerado del pago del tributo por ser muy pobre. La solicitud es atendida y desde el inicio del siglo XVII los *lipes* pasan a ser descritos en la mayoría de la documentación española como un grupo pobre e inferior,

excepto un oficial, que insiste que no eran tan pobres como pretendían. ¿Fue esta clasificación de los *lipes* como los *urus*, un reconocimiento de su pobreza e incapacidad? o ¿fue una estrategia exitosa de resistencia colonial que logró evadir las obligaciones coloniales?

Esta versión de la transformación de una identidad de ricos, asociados con la categoría aymara a pobres, acredita al grupo *lipe* con ser sumamente hábil, capaz de manipular al gobierno colonial a su favor. Pero si la clasificación de *uru* realmente define un grupo inferior, entonces ¿tiene esta clasificación u otro significado para la gente así designada? ¿eran los *lipes* pobres e inferiores o sumamente hábiles? El autor concluye que, “desconocemos casos en los que un grupo aymara asumiera una identificación *Uru*, menospreciada y desvalorizada por esa misma cultura”, pero es que nosotros hemos fallado todavía en nuestro intento de penetrar los filtros, para llegar al discurso social que pudiera revelar cómo esa gente veía y se definía a sí misma frente a los otros.

Karen Spalding

BARRIGA, Irma. *Patrocinio, Monarquía y Poder: el glorioso patriarca señor san Joseph en el Perú virreinal*. Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima: 2010. 234pp.

Este libro constituye para la autora, la feliz finalización de un proyecto de largo aliento, la concretización de un intenso trabajo, a veces difícil en los aspectos logísticos o de acceso a las fuentes o a las obras, pero cuyas problemáticas son sumamente apasionantes. Ello lo podrán constatarlo en la lectura de este sugerente libro. Quiero aprovechar esta oportunidad para resaltar el extraordinario trabajo que realizó Irma Barriga para este estudio, con la gran minuciosidad y a la vez gran capacidad de puesta en perspectiva que la caracterizan, tanto en la investigación de fuentes como en el análisis iconográfico e iconológico de las obras encontradas por ella.

El libro, dividido en tres secuencias, trata en un primer momento de la conformación de la figura de San José desde los evangelios apócrifos; luego pone a la luz cómo se desarrolló en el Perú virreinal lo que vendría a ser el glorioso patriarca señor San Joseph; finalmente, en la última secuencia se dedica a analizar la iconografía josefina propiamente dicha.

A través de estas secuencias y más allá, Irma Barriga logra desarrollar un conjunto argumentativo perfectamente armado, que permite al lector entender en toda su riqueza y complejidad, la evolución de la devoción a San José, y por lo